

aquel tiempo pensaban lo mismo¹. Los errores que atribuye á los discípulos de estos herejes, están averiguados, y se descubrian mas y mas cada día, como se verá en la continuacion de esta historia. Ni san Bernardo les imputaba temerariamente los que hallamos en sus sermones. «Yo quiero, dice², referiros sus impertinencias, que nos constan por las respuestas que sin reflexionarlo han dado á los Católicos, ó por las recriminaciones mútuas que ellos mismos han hecho públicas, ó por lo que han confesado algunos de ellos que se han convertido.» Por estos medios se supieron aquellas impertinencias que llama san Bernardo, y que con el tiempo se supo que eran blasfemias. Aunque no se notara en los Enriquianos mas que su ciega adhesion á las mujeres que tenian en su compañía, como refiere san Bernardo, y con las cuales pasaban su vida encerrados en un mismo cuarto de día y de noche, bastaria esto para tenerles horror. Sin embargo, la cosa era tan pública, que san Bernardo queria que se les conociese por esta señal. «Decidme, amigo mio, les preguntaba³, ¿qué mujer es esta? ¿Es vuestra esposa? No, responden ellos; esto no conviene á mi profesion. ¿Es vuestra hija, vuestra hermana, sobrina? No; no tengo con ella ningun parentesco. Pues ¿sabeis que no se permite, segun las leyes de la Iglesia, á los que hacen profesion de guardar continencia vivir con mujeres? Despe- did, pues, á esa, si no quereis escandalizar á la Iglesia: de otra manera este hecho que es público nos hará sospechar lo demás que no lo es tanto.» No era muy crédulo en esta sospecha: y la torpeza de aquellos falsos continentes se reveló despues á toda la tierra.

LXX.—*Conclusion. Es una mala vergüenza reconocer por sus padres á los Albigenses.*

¿En qué consiste, pues, que los Protestantes tomen la defensa de estos malvados? La causa es muy clara: el deseo de encontrar antecesores. Solo hallan unas gentes que repelen el culto de la cruz, la oracion á los Santos, y la oblacion por los muertos. Les es muy sensible no fijar los principios de su Reforma sino en los Maniqueos; pero como hablan mal del Papa y de la Iglesia romana, la Reforma está bien dispuesta en su favor. Los Católicos de aquel tiempo les culpaban de que pensaban mal de la Eucaristía. Nuestros Protes-

¹ Epist. CCXLI ad Hildef. cum. Pet. Ven. Act. Hild. Anal. III, p. 312 et seq., etc. — ² Serm. LXV in Cant. n. 8. — ³ Ibid. n. 6.

tantes bien quisieran que hubieran sido unos simples Berengarianos, y no Maniqueos, á quienes desagradaba la Eucaristía en su fondo. Pero, en fin, aunque así fuese, semejantes reformados, que vosotros decís que son gente vuestra, ocultaban su doctrina, «frecuentaban las iglesias, honraban á los sacerdotes, iban á la ofrenda; se confesaban, comulgaban, tomaban con nosotros, prosigue «diciendo san Bernardo, el cuerpo y la sangre de Jesucristo¹.» De consiguiente, asistian á nuestras reuniones, que detestaban en su corazon como conventículos de Satanás; á la misa, que miraban, en su error, como una idolatría y un sacrilegio; y en fin, á los ejercicios de la Iglesia romana, que ellos tenian por el reino del Antecristo. ¿Y estos eran discípulos del que mandó predicar su Evangelio desde los techos? ¿Son estos los hijos de la luz? ¿Son estas obras de las que se hacian en medio del día, ó de las que la noche debia ocultar? En una palabra, ¿son estos los predecesores que se apropia la Reforma?

HISTORIA DE LOS VALDENSES.

LXXI.—*Principio de los Valdenses, ó Pobres de Lyon.*

No sirven mas los Valdenses que los Albigenses, para establecer una sucesion legitima. Su nombre viene de Valdo, autor de la secta: tuvieron principio en Lyon, y se les llamó los Pobres de Lyon, por la pobreza que aparentaban: y como la ciudad de Lyon se llamaba entonces en latin *Leona*, se les llamó tambien Leonistas ó Lyonistas, como si dijésemos lyoneses.

LXXII.—*Nombres de la secta.*

Los llamaron tambien *Insabbatés*, de una palabra antigua que significaba zapato, de donde han venido otras voces de igual significacion, que todavía se usan en muchas lenguas, lo mismo que en francés. Y se les llamaba *Insabbatés*², á causa de ciertos zapatos de una hechura particular que cortaban por arriba para que se viesen los

¹ Serm. LXV in Cant. n. 8; Ecbert. Ren. — ² Ebrard. *ibid.* c. 25; Conrad. Ursper. Chron. ad an. 1212.

piés desnudos, á ejemplo de los Apóstoles, segun ellos decian, usando con afectacion este calzado como señal de su pobreza apostólica.

LXXIII. — *Su historia dividida en dos. Sus engañosos principios.*

Referiré su historia brevemente. Cuando se separaron de la Iglesia, todavía profesaban muy pocos dogmas contrarios á los nuestros, y acaso ninguno. El año de 1160, Pedro Valdo, comerciante de Lyon, hallándose en una reunion, segun la costumbre, con otros ricos traficantes, de tal manera se sorprendió con la muerte repentina de uno de los mas apuestos de la compañía, que al instante distribuyó todo su caudal, que era grande, á los pobres de la ciudad¹; y habiendo reunido por este medio un crecido número de ellos, les enseñó la pobreza voluntaria, y á imitar la vida de Jesucristo y de los Apóstoles. Esto es lo que dice Renier, á quien los Protestantes, lisonjeados con los elogios que da á los Valdenses, segun veremos, quieren que se le crea sobre este punto mas que á todos los demás autores. Pero se va á ver lo que puede la piedad mal dirigida. Pedro Pylicdorf, que alcanzó á los Valdenses cuando estaban en su auge, y ha publicado no solamente sus dogmas, sino tambien su conducta con mucha sencillez y gran copia de doctrina, dice que Valdo, á quien causaban grande impresion las palabras del Evangelio, en que se recomienda tan altamente la pobreza, creyó que no se guardaba en la tierra la vida apostólica². Resuelto á renovarla, vendió todo lo que tenia: hicieron otros lo mismo, tocados de compuncion, y se unieron todos en aquel propósito. Al principio oscura y tímida esta secta no profesaba todavía ningun dogma particular, ó no se declaraba; por cuyo motivo Ebrard de Bethune solo nota en ella la afectacion de una soberbia y ociosa pobreza. Véanse estos Insabbatés, ó Sabbatés, como él los llama³, con sus piés desnudos, ó mas bien con sus zapatos cortados por arriba, esperar la limosna, y no vivir sino de lo que les daban. Al principio solo se vituperaba en ellos esta ostentacion; y sin colocarlos todavía en el número de los herejes, solo se les culpaba de que imitaban su orgullo⁴. Pero oigamos la continuacion de su historia⁵. «Despues de haber vivido algun tiempo en su supuesta pobreza apostólica, se acordaron de que los Apóstoles no solamente habían sido pobres, sino tambien predicadores del Evangelio.» De-

¹ Ren. cap. 5, p. 749. — ² Lib. cont. Vald. c. 1, tom. IV; Bibl. PP. II part. p. 779. — ³ Antich. cap. 25, ibid. 1168. — ⁴ Ibid. 1170. — ⁵ Pylicd. ibid.

dicáronse, pues, á predicar, á su ejemplo, á fin de imitar en todo la vida apostólica. Pero los Apóstoles habian sido enviados; y ellos, á quienes su ignorancia hacia incapaces de esta mision, fueron excluidos por los prelados, y últimamente por la Santa Sede, de un ministerio que habian usurpado sin su permiso. No dejaron por eso de continuar predicando reservadamente, murmurando contra el clero que se lo prohibia, á lo que ellos decian, por envidia, y porque su doctrina y su santa vida confundian las costumbres corrompidas de los eclesiásticos¹.

LXXIV. — *Si Valdo era hombre de saber.*

Segun algunos protestantes, Valdo era hombre de saber; pero Renier dice solamente que entendia un poco de literatura; *aliquantum litteratus*². Al contrario, otros protestantes miran como una ventaja á su favor el éxito de la empresa de Valdo, á pesar de su ignorancia. Pero son demasiado conocidos los ardidés de que se pueden valer aun los mas ignorantes para atraer á otros como ellos, que son los únicos á quienes sedujo Valdo.

LXXV. — *Los Valdenses condenados por Lucio III.*

Esta secta progresó en poco tiempo. Bernardo, abad de Fontcauld, que vió sus principios, fija su elevacion en el pontificado de Lucio III³. El pontificado de aquel Papa empezó el año de 1181, es decir, veinte años despues que Valdo se dió á conocer en Lyon. Veinte años necesitó esta secta para extenderse, y formar un cuerpo que llamase la atencion. Entonces fue cuando la condenó Lucio III; y como su pontificado no duró mas que cuatro años, por precision esta primera condenacion de los Valdenses se verificó entre el año de 1181, en que aquel Papa fue elevado á la cátedra de san Pedro, y el de 1185 en que murió.

LXXVI. — *Vienen á Roma. En nada se les acusa con respecto á la presencia real.*

Conrado, abad de Ursperg, que vió de cerca á los Valdenses, como dirémos, dejó escrito que el papa Lucio los puso en el número de

¹ Pylicd. ibid.; Ren. ibid. — ² Ren. c. 6. — ³ Bern. Abb. Fontisc. adv. Vald. sect. t. IV; Bibl. PP. praef. p. 1195.

los herejes, á causa de algunos dogmas y observancias supersticiosas ¹. Hasta aquí no se expresa qué dogmas eran esos; pero no se podrá menos de confesar que si los Valdenses hubieran negado unos dogmas tan notables como el de la presencia real, materia que se habia hecho tan célebre por la condenacion de Berengario, no se hubiera contentado aquel Abad con decir en globo que profesaban algunos dogmas supersticiosos.

LXXVII.— *Otra prueba de que sus errores no tocaban á la Eucaristia.*

Por aquel tiempo, en el año de 1194, un decreto de Alfonso ó Idefonso, rey de Aragon, pone á los Valdenses ó Insabbatés, por otro nombre los Pobres de Lyon, entre los herejes anatematizados por la Iglesia; lo que es una consecuencia clara de la sentencia pronunciada por Lucio III ². Despues que murió aquel Papa, como á pesar de su decreto se extendian mucho estos herejes, ni Bernardo, arzobispo de Narbona, que los condenó de nuevo despues de un detenido exámen, pudo contener el curso de la secta; muchas personas piadosas, *eclesiásticas*, y otras que no lo eran, procuraron que hubiese una conferencia para reducirlos amistosamente ³. Se nombró por una y otra parte por árbitro de la conferencia á un santo sacerdote llamado Raimundo de Daventrie, hombre ilustre por su nacimiento, pero mas ilustre todavía por la santidad de su vida. La reunion fue muy solemne, y larga la disputa. Se alegaron de una y otra parte los pasajes de la Escritura en que se apoyaba cada uno: los Valdenses fueron condenados, y declarados herejes sobre todos los capítulos de la acusacion.

LXXVIII.— *Pruébese la misma verdad por una célebre conferencia en que se trataron todos los puntos.*

Por lo que acabamos de decir se ve que los Valdenses, aunque condenados, no habian roto del todo con la Iglesia romana, pues que convinieron en un árbitro católico y sacerdote. El abad de Fontcauld, que asistió á la conferencia, redactó por escrito con mucha precision y mucho tino los puntos debatidos, y los pasajes que se emplearon

¹ Chron. ad an. 1212. — ² Apud Em. II part. direct. Inq. q. XIV, p. 287, et ap. Maria; Praef. in Luc. Tud. t. IV; Bibl. PP. II part. p. 582. — ³ Bern. de Font. Cal. adv. Vald. sect. in praef. t. IV; Bibl. PP. III part. p. 1193.

por una y otra parte: de modo que no hay medio mas seguro que lo que escribe este Abad para enterarse de todo el estado de la cuestion, segun era entonces, y al principiarse la secta.

LXXIX.— *Articulos de la conferencia.*

La disputa gira principalmente sobre la obediencia que se debe á los pastores. Se ve que los Valdenses se la rehusaban, y que por mas que se lo prohibiesen, se creian con derecho de predicar, hombres y mujeres. Como esta desobediencia solo podia fundarse en la indignidad de los pastores, los Católicos, probando que se les debe obedecer, probaban que se les debe la obediencia, aunque sean malos, y que cualquiera que sea el conducto, la gracia no deja de derramarse sobre los fieles ¹. Por la misma razon se prueba que la maledicencia contra los pastores, de que se toma un pretexto para desobedecerles, está prohibida por la ley de Dios ². En seguida se impugnó la libertad que se tomaban los legos de predicar sin permiso de sus pastores, y aun á pesar de su prohibicion; y se manifestó que estas predicaciones sediciosas tendian á la ruina de los débiles é ignorantes ³. Sobre todo se probó por la Escritura que las mujeres, que solo tienen el silencio por herencia, no deben entrometerse á enseñar ⁴. En fin, se demostró á los Valdenses la sinrazon con que contradecian la oracion por los difuntos, que estaba tan fundada en la Escritura, y tenia á su favor una continuacion tan constante en la tradicion ⁵: y como aquellos herejes dejaban de asistir á las iglesias para orar entre ellos en particular en sus casas, se les hizo ver que no debian abandonar la casa de oracion, cuya santidad habia recomendado tanto toda la Escritura y el mismo Hijo de Dios ⁶.

LXXX.— *En esta conferencia no se habló nada sobre la Eucaristia.*

Sin examinar ahora quién tenia razon y quién no la tenia en esta querrela, se echa de ver cuál era su fundamento, y cuáles los puntos contestados; y es mas claro que la luz del dia que en estos principios, léjos de tratarse, ó de la presencia real y de la transustan-

¹ Ibid. c. 1, 2. — ² Ibid. c. 5. — ³ Ibid. c. 4 et seq. — ⁴ Ibid. c. 7. — ⁵ Ibid. 8. — ⁶ Ibid. 9.

ciacion, ó de los Sacramentos, ni aun se hablaba todavía de la oracion á los Santos, de sus reliquias, ó de sus imágenes.

LXXXI. — *Alano, que forma el catálogo de los errores de los Valdenses, no les arguye con ninguno acerca de la Eucaristia.*

En este mismo tiempo poco mas ó menos publicó Alano el libro de que hemos hablado, y en el cual, despues de distinguir con cuidado á los Valdenses de los otros herejes de su tiempo, se propone probar, contra lo que ellos enseñaban: «Que no se debe predicar sin mision; que es necesario obedecer á los prelados, y no solamente á los buenos, sino tambien á los malos, porque su mala vida no les hace perder su autoridad; que se debe atribuir al orden sagrado la facultad de consagrar, y de atar y desatar, y no al mérito de la persona; que se debe confesar con los sacerdotes, y no con los legos; que está permitido jurar en ciertos casos, y castigar de muerte á los malhechores¹.» Esto es poco mas ó menos lo que opone á los errores de los Valdenses. Si hubieran errado acerca de la Eucaristia, no lo hubiera olvidado Alano; porque bien sabe reconvenir sobre este punto á los Albigenses, contra quienes intenta probar así la presencia real como la transustanciacion²; y despues de haber reprendido en los Valdenses tantas cosas menos importantes, no hubiera omitido una tan esencial.

LXXXII. — *Ni Pedro de Vaucernai.*

Un poco despues de Alano, y hácia el año de 1209, Pedro de Vaucernai, hombre bastante sencillo y seguramente muy sincero, distingue á los Valdenses de los Albigenses por sus propios caracteres, diciendo que los Valdenses eran malos, pero mucho menos que estos otros herejes³, que admitian los dos principios, y todas las consecuencias de esta perversa doctrina. «Para no hablar, prosigue este autor, de otras faltas suyas contra la fe, su error consistia principalmente en cuatro puntos: que llevaban sandalias como los Apóstoles; que decian que no era lícito jurar por ningun motivo; que tampoco era lícito quitar la vida á los hombres (ni aun por sus cri-

¹ Allan. lib. II, p. 175 et seq. — ² Lib. I, p. 128 et seq. — ³ Pet. de Vall. Cern. hist. Albig. c. 2; Duch. Hist. Franc. t. V, p. 537.

«menes); en fin, que decian que cualquiera de ellos, (aunque eran «meros legos), con tal que llevase sandalias (es decir, como se ha visto, la señal de la pobreza apostólica), podia consagrar el cuerpo de Jesucristo.» Véanse aquí en efecto los caracteres particulares que designan el verdadero espíritu de los Valdenses: la afectacion de la pobreza en las sandalias, que eran su señal; la simplicidad y benignidad aparente, en desaprobando todo juramento y todo suplicio; y lo que era mas propio de esta secta, la creencia de que los legos, con tal que hubiesen abrazado su supuesta pobreza apostólica, y llevasen su señal, es decir, con tal que fuesen de su secta, podian administrar los Sacramentos y aun consagrar el cuerpo de Jesucristo. Lo demás, tal como su doctrina sobre rogar por los difuntos, se incluía en las demás faltas de estos herejes contra la fe, que este autor no quiere designar en particular. Mas si se hubieran declarado contra la presencia real, despues de lo mucho que se habia agitado esta materia en la Iglesia, no solamente no lo hubiera olvidado este Religioso, sino que se hubiera guardado muy bien de decir que *consagraban el cuerpo de Jesucristo*; no haciendo sobre este punto mas diferencia de ellos y los Católicos, sino que ellos atribuian á los legos la facultad que los Católicos solo reconocen en los sacerdotes.

LXXXIII. — *Los Valdenses vienen á pedir la aprobacion á Inocencio III.*

Aparece, pues, claramente que los Valdenses en el año de 1209, en que escribió Pedro de Vaucernai, ni siquiera habian pensado en negar la presencia real, y aun conservaban entonces tanta sumision, ó verdadera ó aparente, á la Iglesia romana, que todavía el año de 1212 vinieron á Roma con el fin de obtener de la Santa Sede la aprobacion de su secta. Entonces fue cuando los vió allí Conrado, como lo refiere él mismo¹, con su maestro Bernardo. Se les conocia por las señales con que los caracteriza este cronista; y eran: *los pobres de Lyon, los que Lucio III habia puesto en el número de los herejes, que se hacian notar por la afectacion de la pobreza apostólica, con sus zapatos cortados por arriba; que en sus secretas predicaciones, y en sus reuniones reservadas envilecian á la Iglesia y al sacerdocio.* El Papa extrañaba la afectacion de presentarse *con sus zapatos cortados por arriba, y con sus capotes parecidos á los de los religiosos,*

¹ Conr. Ursper. ad an. 1212.

aunque llevaban, contra la costumbre, una larga cabellera como los legos. En efecto, estas afectaciones raras encubren por lo comun alguna cosa mala. Pero sobre todo, ofendia aquella libertad que se tomaban estos nuevos apóstoles de ir mezclados hombres y mujeres, á imitacion, decian ellos, de aquellas piadosas mujeres que seguian á Jesucristo y á los Apóstoles para servirles: mas los tiempos, las personas y las circunstancias eran muy diferentes.

LXXXIV.— *Empiézase á tratar á los Valdenses como herejes pertinaces.*

Para dar á la Iglesia, dice el Abad de Ursperg, unos verdaderos pobres, mas desprendidos y sumisos que estos fingidos pobres de Lyon, aprobó el Papa el Instituto de los frailes Menores, reunidos bajo la direccion de san Francisco, modelo de humildad, y admiracion de su siglo: y los otros pobres, llenos de odio contra la Iglesia y sus ministros, á pesar de su engañosa humildad, fueron repelidos por la Santa Sede; de suerte que fueron tratados en lo sucesivo como herejes obstinados é incorregibles. Pero en fin, aparentaron estar sumisos hasta el año de 1212, que era el quince del pontificado de Inocencio III, y cincuenta años despues del nacimiento de la secta.

LXXXV.— *Paciencia de la Iglesia con los Valdenses.*

Por aquí se puede juzgar cuánta paciencia tuvo la Iglesia con estos herejes; pues por espacio de cincuenta años no empleó contra ellos ningun rigor, sino que procuró convertirlos por medio de conferencias. Además de la que refiere Bernardo, abad de Fontcauld, nos da noticia de otra Pedro de Vaucernai, hácia el año de 1206, en la cual fueron confundidos los Valdenses¹; y últimamente el año de 1212 todavía vinieron á Roma, donde no se hizo mas que despreciar sus embustes. Tres años despues celebró Inocencio III el gran concilio de Letran, en que condenando á los herejes, señala en particular á los que con pretexto de piedad se atribuyen la autoridad de predicar sin ser enviados²: con lo que parece quiso designar principalmente á los Valdenses por el origen de su cisma.

¹ Pet. de Vall. t. VI, p. 56. — ² Conc. Lat. IV, can. 3, de haer.; Labb. t. XI, part. I, col. 147.

LXXXVI.— *La secta valdense es una especie de Donatismo.*

Ahora se ven con evidencia los principios de la secta. Era una especie de Donatismo; pero se diferenciaba del que los antiguos combatieron en África, en que estos donatistas del África, haciendo depender el efecto de los Sacramentos de la virtud de los ministros, reservaban á lo menos á los santos sacerdotes y á los santos obispos el poder de conferirlos, siendo así que estos nuevos donatistas lo atribuian, como se ha visto, á los legos de una vida pura. Mas no llegaron á tanto exceso sino por grados, porque al principio solo permitian á los legos la predicacion. Reprendian no solamente las malas costumbres que la Iglesia reprendia igualmente, sino tambien otras muchas cosas que la Iglesia aprobaba, como las ceremonias, sin tocar, no obstante, á los Sacramentos; porque Pylicdorf, que observó muy bien el antiguo espíritu y todo el progreso de la secta, dice que destruian todas las cosas de que se hace uso en la Iglesia para edificar á los fieles, á excepcion únicamente de los Sacramentos¹; lo que prueba que los dejaban íntegros. El mismo autor refiere tambien², que «solo despues de mucho tiempo empezaron, «siendo legos, á oír en confesion, á imponer penitencias y dar la «absolucion. Y hace poco, continúa, se ha sabido que uno de estos herejes, simple lego, ha consagrado, segun él pensaba, el «cuerpo del Señor, y comulgó él mismo con sus cómplices, si bien «los demás no dejaron de reprenderle un poco.»

LXXXVII.— *Crece la audacia poco á poco.*

Así iba creciendo poco á poco la osadía. Los secuaces de Valdo, escandalizados de la vida de muchos sacerdotes, «creian, dice tambien Pylicdorf³, que quedaban mejor absueltos por sus gentes, «que les parecian mas virtuosas, que por los ministros de la Iglesia:» lo cual procedia de la opinion, en que consistia principalmente el error de Valdo, que el mérito de las personas obraba en los Sacramentos mas que el orden y el carácter.

¹ Pet. Pylicd. cont. Vald. c. 1, t. IV; Bib. PP. II part. p. 780. — ² Ibid. — ³ Ibid.